



Entre los pulgares de Montaigne y los dedos de Dañí

ADOLFO
CASTAÑÓN

I

Montaigne recuerda que su padre, pasados los sesenta años, hacía “pequeños milagros” o proezas, como “pasar por encima de la mesa apoyándose en el pulgar” (*Ensayos*, Libro II, Capítulo II, 344 c.). La escena, inscrita en el ensayo “De la ebriedad”, tiene aires de fiesta medieval y de plenitud renacentista. Montaigne se refiere en otros lugares de los ensayos a los pulgares y a los dedos: 24 veces al dedo, 20 veces a los dedos, 5 veces al pulgar, 4 a la pulgada.¹ El pulgar, ese dedo que no solo puede llegar a ser tomado por la mano misma, como dice en el breve ensayo “De los pulgares”, Libro II, Capítulo XXVI (que se presenta en el apartado III de este ensayo), sino que hasta puede llegar a tener identidad propia como en el cuento de *Pulgarcito*, “poucet”, “petite poucet”, voz que por cierto no aparece en los ensayos, aunque sí salen a escena la medida llamada pulgada y, desde luego una sola vez, la pulga, Libro I, XXIII, 114 c.²

II

Los dedos, el dedo, por otra parte, se yerguen en los paisajes, dibujos y aun en los escritos de Salvador Dalí: pero no se puede saber a ciencia cierta si este ya había leído a Montaigne cuando escribió a principios de los años treinta, cuando todavía no los cumplía él mismo, la provocadora estampa que da título a un pequeño libro, *L'alliberament dels dits*, ilustrada con imágenes de dedos pulgares. En cualquier caso, el motivo se remonta al menos al año de 1928, cuando realiza el cuadro *El pájaro herido*.

Apenas concluida la Segunda Guerra Mundial, y cuando todavía corría el humo de las ciudades incendiadas y de los campos de concentración, refugiado desde 1939 en Estados Unidos de América, dolorosamente consciente de las atrocidades desplegadas por uno y otro bando, Dalí, el precursor surrealista del *cynical shit*, el cortesano dispuesto a acostarse en una cama de dólares, el descarado simpatizante de la reacción dispuesto a desafiar las cabezas de los biempensantes, parecía hartado del futuro y de las visiones escatológicas del presente y vuelve su mirada interior, su mirar de artista, hacia tres personajes emblemáticos (¡oh, Johan Huizinga!) del claroscuro medieval llamado Renacimiento: el español Miguel de Cervantes, el italiano y florentino Benvenuto Cellini, y el francés, gascón y europeo como los otros dos, Michel de Montaigne, y a partir de 1945 se entrega a la ilustración de *Don Quijote de la Mancha*, entre 1945 y 1946 se adentra en la *Autobiografía* de Benvenuto Cellini, y durante el otoño e invierno de 1946 y a lo largo de 1947 se baña en los *Ensayos* de Michel de Montaigne y sale de la inmersión luego de haber espigado veintiún piezas de los tres libros para poner como lema al conjunto “Homenaje a Francia”. ¿Qué puede significar en labios del cáustico Dalí la palabra “homenaje”? El espacio de civilización llamado Francia, el variado y rico

hexágono, fue sin duda el lugar, el archipiélago de lugares donde maduró su vocación artística: París, Marsella, el mediterráneo francés —la Costa Azul, la Costa Bermeja, tan próxima de su nativa Cataluña—, en compañía de sus amigos surrealistas, Paul Éluard, André Breton —de quien se distanciará en Estados Unidos—, Marcel Duchamp y de la seductora joven rusa llamada Gala. En Estados Unidos, Dalí tiene dificultades para comunicarse: ostensiblemente no habla inglés y lo pronuncia con acento atroz. Para comunicarse, debe confiar en Gala, que simula hablarlo, o en amigos que lo guían y le sirven de intérpretes en sus transacciones pictórico-comerciales. Decide escribir un libro, *La vida secreta de Salvador Dalí*, pero solo lo puede hacer en un francés bronco y cruzado de voces catalanas, italianas e hispánicas. Puede decirse que el francés fue para Salvador Dalí una tabla de salvación en el prolongado exilio. Su libro es traducido al inglés por un profesor de California, Haakon Chevalier, y aparecerá en el otoño de 1942. Diez años más tarde, un joven admirador de Salvador Dalí, Michel Déon, lo devolverá al francés, quién sabe si a su lengua original. Dalí abandonará Estados Unidos y llegará al puerto de Le Havre el 21 de julio de 1948. El “Homenaje a Francia” que cifra Dalí en Montaigne es, ante todo, homenaje a la lengua que le permitió sobrevivir en Estados Unidos, pero, más allá, a la cultura francesa de la que formaba parte, como dolorosamente se lo recuerdan la polémica con André Breton, que lo llama “Ávida dollars”, o las distancias políticas con sus amigos y cómplices, como Paul Éluard, ex amante de Gala y amigo de Dalí, y su esposa Nusch, quienes participan en la resistencia contra los alemanes (Nusch morirá el 28 de noviembre de 1946). Además de pintar algunos cuadros, Dalí baña sus ánimos epicúreos y estoicos en el agua brava de los veintiún ensayos de Montaigne, una lectura de juventud, que



Catedral de pulgares, Salvador Dalí, 1947

Los dedos [...] se yerguen en los paisajes, dibujos y aun en los escritos de Salvador Dalí: pero no se puede saber a ciencia cierta si este ya había leído a Montaigne cuando escribió [...] la provocadora estampa que da título a un pequeño libro, *L'alliberament dels dits*, ilustrada con imágenes de dedos pulgares.

trabajaré en esos años finales de su angustiada estancia en el exilio.

Cabe constatar que desde 1936 Dalí había firmado un cuadro titulado *Canibalismo ritual* y había hecho —¡cómo no!— algunas declaraciones intencionadas en torno a la práctica de la antropofagia, dignas de Jonathan Swift. Alrededor de las páginas de Montaigne, aparecen como en el reojo las siluetas de Alberto Durero —y de Rafael—, dos de sus maestros. Desde que Cosima Wagner le diera a Nietzsche los ensayos de Montaigne como regalo de Navidad, el autor de los *Ensayos* fue uno de los escritores

clásicos que se pasaban de contrabando bajo las almohadas de los lectores.

Dalí dialoga intensamente con los *Ensayos*: lo muestra su manejo contrastado del color, la firmeza de sus líneas de fuga en perspectiva, su juego con el volumen y con el claroscuro y su desenfado al trazar cuadros que rayan en lo caricaturesco, como el aterrador de los decapitados. Al pie de alguna de las imágenes —*Demócrito y Heráclito*— los nombres de Gala y Dalí se yuxtaponen, se montan de forma tal que una letra *a* queda como cargando a la otra, como dos pulgares sobrepuestos...

III

A continuación, me permito proponer un traslado original del breve ensayo de Michel de Montaigne:

“De los pulgares”, Libro II, Capítulo XXVI

Tácito cuenta que entre ciertos reyes bárbaros se acostumbraba, para sellar un pacto, juntar tan estrechamente las manos derechas una con la otra y entrelazar luego los pulgares hasta que de tanto apretar la sangre estuviese a punto de salir por las yemas que se herían punzándolas levemente y luego se chupaban la sangre uno del otro. Los médicos dicen que los pulgares son los dedos maestros de la mano, y que su etimología viene de *pollere* (que significa tener excelencia por encima de los otros). Los griegos los llamaban ἄγτίχειρ, como quien dice “otra mano”. Y parece que en ocasiones los latinos lo toman así, en el sentido de mano entera:

Pero ni las palabras lascivas
ni las sollicitaciones de un pulgar
que acaricia la deciden a erguirse

*Sed nec vocibus excitata blandis,
Molli pollice nec rogata surgit*

En Roma era signo de favoritismo dejarse apretar y besar los pulgares. En sus *Epístolas* I, XVIII, dice Horacio:

Aplaudirán tu juego, bajando los dos pulgares.

Fautor utrôque tuum laudabit pollice ludum.

Y de haber caído del favor alzarlos y ponerlos hacia afuera.

Cuando la chusma alza los pulgares,
hay que dar muerte para congraciarse con ella.

*Converso pollice vulgi
Quemlibet occidum populariter.*

Los romanos dispensaban de ir a la guerra a quienes tenían alguna herida o defecto en el pulgar, como si por esa causa no

fuesen capaces de empuñar las armas con suficiente firmeza. Augusto confiscó los bienes de un caballero romano que tuvo la maliciosa ocurrencia de amputar los dedos de dos jóvenes hijos suyos para evadir la ley que los obligaba a tomar las armas; y antes que él, el Senado, en tiempos de la guerra itálica, había condenado a un tal Cayo Vatio a prisión perpetua y le había confiscado todos sus bienes por haberse cortado adrede el pulgar de la mano izquierda para exentarse de ese viaje.

Alguien, cuyo nombre no recuerdo ahora, luego de haber ganado una batalla naval hizo cortar los pulgares de las dos manos a sus enemigos vencidos, para quitarles así cualquier medio de combatir y de empuñar los remos.

Los atenienses se los hicieron cortar a los eginetas para arrebatarles así la ventaja en el arte de navegar.

En Lacedemonia, los maestros de escuela castigaban a los niños mordidiéndoles los dedos pulgares.³ ■

Adolfo Castañón (México)

(1952). Poeta, ensayista, traductor, editor y crítico literario. Entre su obra publicada destacan: *El pabellón de la límpida soledad* (1988), *Arbitrario de la literatura mexicana* (1993), *América sintaxis* (2005), *La campana y el tiempo* (poemas 1973-2003), *Viaje a México* (2008), *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante* (ed. aumentada, 2013) y *Por el país de Montaigne* (2015).

Notas

¹ Cfr. *Concordance des Essais de Montaigne*, preparado por Roy E. Leake, David B. Leake y Alice Elder Leake, Ginebra, Librairie DROZ, 1981, tomo I, 734 pp.; tomo II, 1442 pp.

² La *Concordancia* de Leake se refiere a la edición de los *Ensayos* de Pierre Villey.

³ La traducción se realizó teniendo en cuenta las siguientes ediciones: Michel de Montaigne, *Les Essais*, edición, presentación y notas de Pierre Michel, París, 1972, pp. 413-414; *Les Essais*, presentación, establecimiento del texto, aparato crítico y notas de André Tournon, París, Imprimerie Nationale, 1998, pp. 569-570; *Les Essais*, edición de Jean Balsamo, Michel Magnien y Catherine Magnien-Simonin, La Pléiade, París, 2007, pp. 727-728.